

UNA VISIÓN MULTIDISCIPLINAR E INTERTEMPORAL DEL HOMBRE Y LA HUMANIDAD: LO QUE AÚN NOS FALTA

Juan José Sánchez Inarejos

Doctor Ingeniero Industrial y Profesor de la Universidad Politécnica de Madrid

SOMOS COMO SON LAS PLANTAS: ELLAS Y NOSOTROS, CRECEMOS.

Los humanos, al igual que el resto de los animales, compartimos con las plantas una característica tan simple como esencial: tanto ellas como nosotros: crecemos. En el caso de las plantas es evidente ese crecimiento; una planta siempre está creciendo, hasta el más vetusto de los árboles si un día deja de crecer, al poco tiempo, muere. No es posible detener el crecimiento de un ser vivo sin matarlo total o temporalmente. El crecimiento es consustancial con la vida, no crecer es sinónimo de morir.

Si evidente es para las plantas, igualmente evidente debería de serlo para los animales en general y para los humanos en particular. Pero por ahora, no es así; muchísimas personas en el mundo están persuadidas quizás de lo contrario, de que, una vez superada la etapa de crecimiento físico de la infancia y la adolescencia, el ser humano no crece, sino que en todo caso, decrece, se atrofia y se gasta. Evidentemente, esas convicciones nacen de apreciaciones físicas evidentes: el cuerpo de los seres humanos sufre un deterioro paulatino que finalmente termina en la muerte. Esto es objetivamente irrefutable, y por ello, se tiene la idea de que el cuerpo del hombre sufre una degradación progresiva que termina por hacer imposible la vida en él. Esto es cierto, pero es solo una visión macroscópica que casi está en contradicción con lo que ocurre a nivel microscópico. Porque lo cierto es que la muerte no ocurre porque las células del cuerpo se queden “viejas”, sino porque no son capaces de replicarse a sí mismas, es decir, cuando dejan de crecer o no son capaces de adaptarse a los cambios del ambiente (lo cual, el adaptarse, no deja de ser una forma de crecimiento).

De modo que evolucionar, crecer y mutar vienen a ser sinónimos de vivir, y sus antónimos (estancarse, decrecer o no adaptarse) son precisamente las causas de la muerte.

Lo que es cierto a nivel celular también lo es a escala evolutiva. Todas las especies extintas son precisamente aquellas que no han evolucionado, aquellas que no han conseguido adaptarse a los cambios, es decir, aquellas que no han crecido evolutivamente hablando.

Por cierto, que esto que ahora nos parece absolutamente evidente y natural, hasta hace muy poco no se sabía. De hecho, es sólo desde 1858 que empezamos a tener las cosas científicamente claras. En aquella fecha, Charles Darwin publicó su teoría sobre la evolución de las especies que sería completada un año después en su libro “El origen de las especies por medio de la selección natural”; antes de esa fecha, casi literalmente, nadie sabía nada, y aún hoy hay muchas personas que no se han enterado.

¡Qué fantástico descubrimiento el de don Carlos!: todos los seres vivos estamos evolucionando, o si se quiere expresar de otra forma diciendo lo mismo: todos crecemos, aunque no nos hayamos dado cuenta de ello. (El hecho de que antes de 1858 nadie supiese con certeza que el hombre está evolucionando es tan grande y brutal que a todos los libros escritos antes de esa fecha habría que añadirles, al reeditarlos, la siguiente nota: “Este libro se escribió cuando aún no se conocía que los hombres evolucionan”).

¿CÓMO CRECEN LAS PLANTAS?

Una gran cantidad de especies vegetales tiene una forma muy interesante de crecer que tiene como primer paso la germinación de una semilla. Exclusivamente con la información y el alimento almacenados en la semilla, es posible crear una pequeña planta con todo lo necesario para la vida: algunas pequeñas raíces para extraer el alimento de la tierra, un tallo con unas falsas hojas llamadas cotiledones para extraer energía del sol, y una incipiente guía de la que se desarrollarán las primeras hojas de la planta.

Una vez consumida la energía almacenada en la semilla si la nueva planta no ha conseguido extraer del entorno los nutrientes y la energía que necesita para seguir creciendo, morirá. Mientras que si lo consigue, de la guía irán apareciendo nuevas hojas que con el tiempo se convertirán en las ramas de la planta adulta.

En todos los animales que se reproducen de forma sexual ocurre algo muy similar a lo que pasa con las plantas, y en el caso de aquellos que utilizan huevos la analogía es aún más clara: en el huevo está contenida toda la información y la energía necesaria para que se pueda crear un pequeño individuo capaz de seguir creciendo extrayendo la energía que precisa del medio exterior.

Esta forma de reproducción es muy eficaz e interesante, pero tiene sus servidumbres. Una de ellas está en el hecho de que el pequeño individuo que nace del huevo o del vientre de su madre, aparece con una forma muy parecida a la del individuo adulto, lo cual hace creer al observador despreocupado que se trata de un individuo ya hecho (aunque eso sí, algo más pequeño que el adulto). Naturalmente, esa primera observación tiene casi más de falsa que de cierta, pues los individuos recién nacidos no están ni mucho menos terminados, sino que necesitarán aún de un periodo de crecimiento y aprendizaje que, dependiendo de las especies, puede llegar a ser muy largo. Pero este hecho que le resulta evidente al observador atento, para uno despreocupado, u ocupado en menesteres más urgentes, pasará totalmente desapercibido. Esto es precisamente lo que le ocurre al individuo que sale de un huevo, bastante tiene el pobre con respirar, o con evitar ser devorado por algún depredador, o con buscar una teta de la que mamar; a él, lo último que se le ocurre (aunque finalmente sí se le ocurre) es que quizás la vida pueda también ser otra cosa que acurrucarse entre las ubres de la madre.

Concluimos por tanto algo, bastante obvio por cierto: el hombre, al igual que las plantas, crece, y en consecuencia tiene edades.

LAS EDADES DEL HOMBRE.

¡Qué frase tan bonita, y tan cierta! El hombre tiene edades, las tiene a escala individual (la niñez, la juventud, la madurez, la plenitud, la vejez, ...). Y las tiene también a escala de toda la Humanidad. Es curioso que cuando algo es cierto, además, es hermoso.

Las edades del hombre. Sólo con pronunciar esas cuatro pobres palabras –pobres porque no son vocablos raros o esdrújulos ni extranjeros– ya se nos llena el alma de paz. La razón de tanta belleza es, sin duda, la mucha verdad que esas palabras encierran.

Precisamente así: “Las Edades del Hombre” es como se ha dado en llamar a una serie de exposiciones organizadas por la Iglesia Católica de Castilla y León, con muy notable éxito por cierto. Por supuesto, no está en mi ánimo el desmerecer en nada el interés de las exhibiciones, pero sospecho que cualquier cosa que se hubiera organizado utilizando el mismo nombre hubiera tenido el éxito inicial garantizado.

¿CUÁLES SON LAS EDADES DEL HOMBRE?

Para un hombre concreto sus edades son aquellas que se intercalan entre dos hitos fundamentales de su vida: el nacimiento y la muerte. Si la vida de este individuo se desarrolla de forma convencionalmente satisfactoria, es decir, se da el caso de que el individuo tenga una vida plena en el sentido en el que habitualmente se utiliza este término, las edades que el individuo iría alcanzando, y superando, hasta llegar a la última podrían ser las que se mencionaban al principio: infancia, juventud, madurez, plenitud y vejez.

Naturalmente, una vida plena y satisfactoria no consiste, ni mucho menos, en cumplir años, si no que lo importante de la vida es lo que se hace en ella, no los años que se tiene. Una persona que pasase todos los años de su vida en coma profundo, no se puede decir ni siquiera que hubiese llegado a vivir propiamente, aunque los años que hubiese vivido como una planta hubiesen sido más de 100. Claro está que para que la vida humana pueda calificarse como tal, debe de haberse hecho algo, no sólo vegetar.

De modo que si representamos en un gráfico los logros vitales de un individuo frente a la edad cronológica a la que va alcanzando esos logros se podría tener un gráfico de cómo fue la vida de ese individuo (Figura 1).

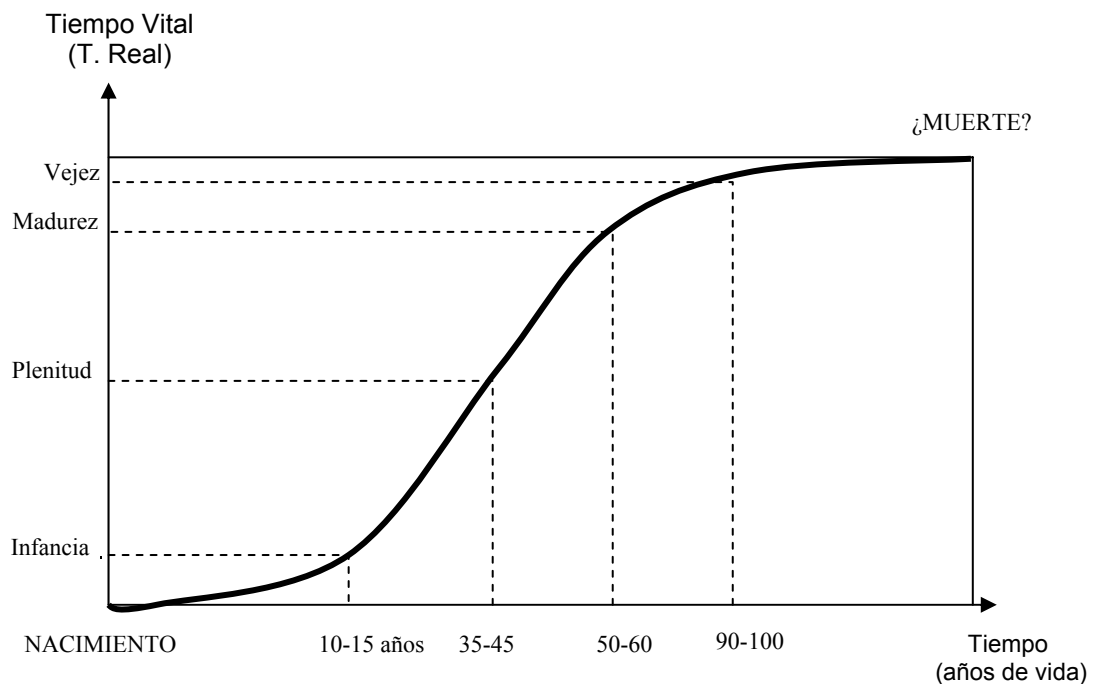


Figura 1

Habría siempre dos puntos fijos, el nacimiento y la muerte, y entre ellos se irían intercalando las distintas edades del hombre, las cuales podrían ser las siguientes:

- Infancia: desde el nacimiento hasta los 10 ó 15 años.
- Juventud: desde el final de la infancia hasta que se alcanza la plenitud física (35-45 años).
- Madurez: cuando se alcanza el máximo desarrollo tanto físico como mental de la persona (50-60 años).
- Vejez: cuando empiezan a mermar las facultades físicas y mentales (90-100 años).

Evidentemente, tanto los nombres de los periodos como la duración de los mismos son discutibles. Para una persona concreta la plenitud le puede acontecer a los 25 años en vez de a los 50, ó no llegarle nunca; la vejez puede presentarse a los 120 ó a los 40, o incluso antes; y desgraciadamente,

también se pueden producir truncamientos bruscos, muertes violentas antes de tiempo que dejen incompleta lo que podría haber sido una vida plena. De modo que aun siendo extremadamente rigurosa, la curva propuesta como modelo de una vida convencional, quizás sea cualquier otra cosa menos convencional, en el sentido de que muy pocas personas logran completar una vida tan fructífera.

La primera etapa de la curva es la del crecimiento rápido. Antes de poder hacer nada útil es preciso tener la capacidad de hacerlo; antes de hablar hay que tener desarrolladas las cuerdas vocales; antes de andar hay que tener suficiente musculatura en las piernas y el abdomen; antes de pensar hay que tener con qué hacerlo. El conseguir que en un hombre se desarrolle ese sustrato material con el que, después, hacer lo que se tenga que hacer, lleva su tiempo.

A medida que la herramienta final es más compleja, el tiempo necesario para crearla es mayor. Para que una criatura humana se desarrolle completamente se necesitan muchos años, como media se podría decir que para que un hombre adquiriera todas sus potencialidades se precisan entre 45 y 50 años; mientras que para seres de menor complejidad, el desarrollo completo se alcanza en mucho menos tiempo (con sólo algunos minutos una bacteria se desarrolla completamente).

Hablar de 45 ó 50 años como edad mínima para alcanzar la “mayoría de edad” en cuanto al desarrollo humano se refiere, contrasta con los 18 años que se utilizan en casi todo el mundo para determinar la mayoría de edad legal. También contrasta y sorprende que en la sociedad actual los parados de más de 40 años tengan tantos problemas para encontrar un nuevo empleo. Parece como si el mundo se hubiese vuelto loco y en vez de utilizar lo mejor de sí mismo –las personas de más de 45 años–, utilizase lo que aún no está maduro: los jóvenes.

También llama la atención cómo en la Grecia y en la Roma antiguas, la mayoría de edad estaba situada en los cuarenta años. En aquella época la esperanza de vida de la población era muy baja, de forma que muy pocas personas superaban los cuarenta años, y si a pesar de ello se insistía en situar en esa cifra la mayoría de edad, debía de ser por una muy buena razón. A este respecto, es curioso lo que le ocurrió a Julio César, que en el año 60 antes de Cristo, fue nombrado cónsul con el asombro y la sorpresa de todos, puesta estaba en el límite de la edad mínima requerida: 41 años.

Volviendo a la etapa de crecimiento, en ella se produce un progreso físico exponencial. Partiendo de una sola célula, por sucesivas divisiones y diversificaciones se llega a un ser complejo y complicado. Para lograrlo, el desarrollo se ha de efectuar en forma exponencial, pues de otro modo no sería posible pasar de la “nada” vital que representa una semilla, al “casi nada” vital que es un recién nacido o, incluso, un niño de 10 ó 12 años. Y ciertamente, un recién nacido es muy poca cosa en términos absolutos, tampoco es gran cosa un adolescente; lo importante de un ser humano no es lo que es a los 13 años, sino lo que quizás pueda ser a los 50. Cualquiera puede ser el mayor de los genios, pero al tiempo de nacer aún no es nada –o casi nada–.

La utilización de una función exponencial para simular el crecimiento de un individuo es algo doblemente apropiado. Pues desde el punto de vista microscópico, el del embrión que está desarrollándose, eso es lo que está ocurriendo: las células del embrión se dividen de forma exponencial. Y desde el punto de vista macroscópico, desde fuera, si hubiera que valorar qué hay de humano en un embrión de 4 semanas, habría que concluir que, aunque el embrión podría convertirse en un feto, y después en un bebé, y más tarde en un niño, y finalmente, quizás, en un hombre extraordinario; en el momento actual, humanamente hablando, es muy poca cosa. Pues bien, eso mismo les ocurre a las exponenciales crecientes: en los primeros instantes de tiempo apenas si logran elevarse de forma apreciable sobre el nivel del cero, aunque después –si es que hay después– se convertirán en gigantes; pero al punto de nacer, cualquier cosa les adelanta.

Una vez concluido el periodo de crecimiento exponencial de la infancia, se continúa creciendo, pero a un ritmo mucho más lento. De hecho, en la Naturaleza, un crecimiento exponencial continuado es imposible. Se produce entonces una aparente paradoja: mientras se había crecido de forma trepidante, el progreso humano que se alcanzaba era casi irrelevante, pero cuando se levanta el pié del acelerador del crecimiento, entonces es cuando se empieza verdaderamente a progresar.

Durante esta etapa, que en los tiempos actuales está situada entre los 15 y los 45 años, los individuos normales, con relativamente poco esfuerzo y en muy poco tiempo en comparación con los tiempos infantiles, alcanzan grandes logros vitales. Si distinguimos dos periodos de 15 años en esta juventud extendida y situamos la juventud propiamente dicha entre los 15 y los 30 años, y la plenitud entre los 30 y los 45, resultaría que entre los 30 y los 60 años es cuando el individuo medio tiene su mayor rendimiento vital. A partir de los 60 ó 70 años, normalmente –y por ahora– los individuos sufren un deterioro físico y psíquico que les impide seguir rindiendo al mismo ritmo. Quizás transcurran muchos años más hasta que les llegue la muerte, pero durante esos años de vejez, los logros vitales que se obtienen y transmiten son muy pocos.

Estas son pues, a grandes trazos, las edades del hombre: infancia, juventud, plenitud, madurez, vejez y pre-muerte. Las fechas que a modo de hitos separarían estos periodos podrían ser: 15, 30, 45, 60, 75 y 90 años. En el futuro es muy probable que esas fechas sufran variaciones al alza. Se podría hablar más, sobre cada uno de los periodos, sobre cómo se entra y sale de cada uno de ellos, sobre casos particulares y excepciones a la curva, pero no es necesario que se haga ese esfuerzo, pues es tan evidente y familiar todo lo que se termina de decir que no es necesario gastar más palabras en ello.

De hecho, la primera parte de este pequeño ensayo es precisamente como el periodo de la infancia: se invierte mucho tiempo y espacio para apenas conseguir nada.

Si acaso, antes de terminar esta primera parte, no está de más decir, que la forma de la curva que sitúa las edades del hombre le es bien conocida al mundo científico. Prácticamente todos los procesos químicos y físicos siguen esta, llamemos, ley de la vida. Los ejemplos son infinitos: el calentamiento de un material, la magnetización de una sustancia, el alargamiento de una probeta, la difusión de una sustancia en otra, el crecimiento de las plantas y los microorganismos, la implantación económica de un producto, la evolución de la población de una colonia de bacterias o de humanos, etc., etc. Infinidad de sistemas se rigen por la misma curva que aquí hemos propuesto para las edades del hombre. En todos ellos se tiene siempre un primer periodo de crecimiento regido por una exponencial positiva, y después, otro periodo también de crecimiento pero a un ritmo regido por una exponencial negativa. Las funciones derivada primera y derivada segunda de esa curva son también ampliamente usadas y conocidas en multitud de campos científicos. Por todo lo cual, no es de extrañar que a la ley que gobierna esta curva se le pueda llamar con bastante propiedad: la ley de la vida. O si se prefiere, con un regusto un tanto estoico, se podría decir que lo que la curva nos dice es, simplemente: ley de vida.

¿CUÁL ES EL MÁXIMO?

No cabe duda que la curva es muy interesante y que de ella aún se podría estar hablando durante páginas y páginas, mas dejémoslo para otro lugar y otra ocasión, y concentrémonos en algo que seguro puede ser muy interesante: ¿cuánto es lo máximo que se puede vivir en una vida?

Hemos visto que para llegar a la plenitud de la existencia humana (por supuesto también de la existencia animal y vegetal) es necesario un tiempo mínimo de crecimiento. Pitágoras debió de tener una mente privilegiada, de eso no hay duda, pero es materialmente imposible que formulase su famoso teorema a los 10 días de haber nacido; por el contrario, debió de esperar bastantes años hasta que su cerebro estuvo en condiciones de crear ese prodigio de simplicidad y exactitud que es el “Teorema de

Pitágoras”. Se necesita tiempo, mucho tiempo para que alguien llegue a interesarse por los triángulos, los cuadrados y sus áreas.

Pero, ¿y si no hubiese pérdida de tiempo? Y si resultase que en el mismo instante de nuestra concepción ya dispusiésemos de todas las habilidades físicas y mentales que quizás con mucho esfuerzo llegaríamos a alcanzar una vez cumplidos los 40 años. ¿Cuánto podríamos descubrir o crear en nuestros años de vida si al tiempo de nacer ya estuviéramos completamente desarrollados?

Por si alguien aún no se había dado cuenta, los ejes del gráfico que estamos comentando están ambos graduados en unidades de tiempo, pero mientras el de las abscisas es el del tiempo del reloj, el de las ordenadas es el del tiempo vital. Hay gente que los confunde, y cree que la vida consiste en cumplir años, en dejar pasar el tiempo; algunos incluso con un ramalazo asesino estiman que la vida no es otra cosa que “matar el tiempo”. Evidentemente no es así, sino que en los años que una criatura vive, se hacen unas cosas, se alcanzan unos logros que bien pueden llamarse vitales. De modo que en el tiempo cronométrico que dura una vida se puede llegar a vivir muchos estados vitales diferentes. Habrá quien no pase de la infancia –a pesar de vivir 80 años– y quien con sólo una treintena de primaveras alcance cotas de intensidad vital extraordinarias. Pero sea como fuere, parece bastante claro que el tiempo real del hombre no es el cronométrico, sino el vital. ¿De qué sirve vivir durante 100 años como un vegetal? Ciertamente de muy poco si se mide esa existencia en términos humanos, pero quizás de mucho si se mide en términos arbóreos. Nosotros somos humanos y por tanto nuestra existencia se debiera medir no sólo en el eje horizontal de nuestro gráfico, que es un simple tiempo mecánico, arbóreo, cronométrico, estático y casi insustancial, sino sobre todo, en el eje vertical, que es donde apuntamos lo que vamos haciendo con el tiempo vital.

Vistas las cosas así, la pregunta que formulábamos más arriba cobra ahora un nuevo sentido al empezar a vislumbrar ya una respuesta bastante convincente. Obviamente, de los años que uno vive, no todo el tiempo se aprovecha igual. De los ochenta años que como media viven los individuos del mundo más avanzado ¿cuánto tiempo utilizan para progresar, cuánto para formarse y cuánto para morir? Dejando para el final el asunto de la muerte, lo que está claro es que ningún individuo nace con sus dotes intelectuales y físicas completamente desarrolladas. Se necesita un tiempo para poder vivir fuera del útero de la madre, otro tiempo para aprender a hablar o a andar, más tiempo aún para aprender a escribir, y a pensar. Y cuando finalmente, se han desarrollado al máximo todas las capacidades de cada individuo es cuando se empieza a rendir, valga la expresión, a pleno rendimiento.

Ese máximo rendimiento, sería pues cuando del tiempo mecánico disponible, todo él se aprovechara para progresar vitalmente (ver Figura 2), de modo que si los ejes del gráfico los tuviéramos graduados en unidades de tiempos convenientes, la línea de trazos discontinuos que se ha dibujado en el gráfico que tiene pendiente unidad, sería la línea que nos marcaría el máximo progreso que un individuo podría realizar en su existencia. Es decir, si nuestra vida se deslizase por esta línea de máximo progreso querría ello decir que no perderíamos nada de tiempo, que toda nuestra existencia estaría siendo aprovechada al máximo.

Naturalmente, lograr que la vida de una persona se desarrolle en la línea de máximo crecimiento es imposible; la infancia y la vejez nos hacen, inevitablemente, apartarnos de la línea del máximo crecimiento. El hombre necesita un tiempo para nacer y otro para morir (la infancia y la vejez) y por ello, es muy difícil, si no imposible, alcanzar la línea de crecimiento máximo. Ni siquiera es fácil igualar la pendiente, es decir, vivir al máximo rendimiento. Y más difícil aún será adelantar al tiempo, esto es, vivir a una velocidad vital superior a la cronométrica. Tema éste verdaderamente apasionante porque si efectivamente fuese posible adelantar al reloj, estaría abierta la puerta a la conquista del futuro, o lo que es lo mismo: a lo que nos va a pasar. Y de paso, también estaría abierta la puerta al conocimiento del pasado, esto es: a lo que ya nos ha pasado. Premios suculentos ambos que estimularán a muchos intrépidos exploradores del pensamiento para adentrarse en estos pormenores, y que nosotros, dejaremos para otra ocasión.

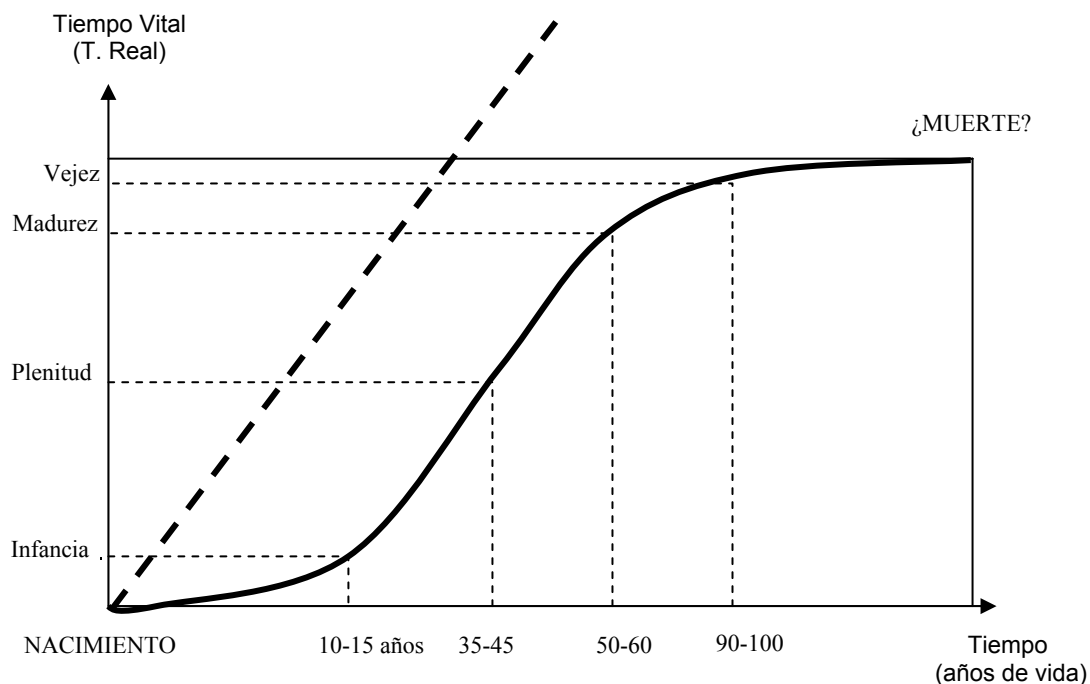


Figura 2

EL RETRASO

Entre las cosas que pueda ser el hombre hay una sobre la que debiera de haber unanimidad entre todo el mundo, el hombre es: una concentración de consciencia. El hombre es una concentración de materia, esto es evidente, en las proximidades de cada individuo hay una concentración de materia organizada que le permite ejercer ciertas funciones. Una de esas funciones es la consciencia. Los hombres somos conscientes de algunas cosas que ocurren en nuestras proximidades y de otras no; nuestra consciencia va creciendo de forma gradual desde la niñez hasta la madurez, y de forma parecida ha ido evolucionando desde el origen de los tiempos hasta ahora.

Esta concentración de consciencia no es puntual, sino que se extiende desde el presente hacia el pasado y hacia el futuro; hoy somos conscientes de algunas pocas cosas que ya nos han ocurrido y de algunas otras que seguramente nos ocurrirán en el futuro. De forma que la concentración máxima de consciencia, supuestamente, la tenemos en el instante actual –el presente– pero no sólo en él; también somos conscientes de lo pasado y de lo por pasar.

Pues bien, si empezásemos a contar el tiempo desde el Big Bang hasta hoy, resultaría que el universo conocido ha necesitado 13.500 millones de años para poder crear un individuo capaz de darse cuenta de esas pocas cosas de las que los humanos somos conscientes. Todo ese tiempo (enorme en términos humanos, pero pequeño en términos vitales) está entrelazado; desde un instante de él se puede pasar, fácilmente, al siguiente instante, tanto hacia delante como hacia atrás. Es decir: hay una continuidad temporal desde aquella magnífica explosión hasta hoy; no hay agujeros en el tiempo.

Naturalmente, podríamos remontarnos más atrás del Big Bang, nada hay que impida a nuestra imaginación situar las manecillas de la máquina del tiempo en la cifra que se nos antoje, pero nuestra inteligencia, de lo que pudo pasar entonces, no nos permite, por ahora, hacer conjeturas con garantías de veracidad. De modo que seamos modestos y dejémoslo en los 13.500.002.003¹ años que hay desde entonces hasta hoy.

¹ Puesto que la precisión con la que se mide esta cifra es de 500 millones de años arriba o abajo, yo me he permitido añadir 2.003 años, con lo cual no se modifica en prácticamente nada la edad del universo y se fija un hito cercano para la Humanidad como fue el nacimiento de Cristo.

¿QUÉ SON PARA EL UNIVERSO TODA ESA ENORME CANTIDAD DE AÑOS?

Algo muy sencillo y elemental: el tiempo que le ha llevado al universo darse cuenta de su edad.

Si el tiempo no fuese continuo, si para ir de hoy hasta al año 100.000 antes de Cristo, hubiese que pasar por zonas en las que el tiempo no contase, no podríamos decir lo que ahora se va a afirmar, pero al no haber agujeros temporales –que se sepa– sí es posible afirmar con bastante certeza que el hombre no es más que un apéndice de aquella magnífica explosión en la que nació el Universo, algo así como sus sensores de consciencia. Resulta que, por ejemplo, hace 2003 años el Universo no tenía consciencia de que hubiera comenzado con una gran explosión, pero aunque nadie lo supiese, lo cierto es que entonces eran incluso más evidentes los efectos de aquélla. El Universo se expande, cada día que pasa la gran explosión queda más atrás y sus efectos son menos evidentes, pero si nos retrotrájesemos hasta unos instantes después de aquel evento inicial, y dispusiésemos de una entrada para asistir como espectadores a aquel magno espectáculo, veríamos maravillados y aterrorizados (nadie con la estructura física que nosotros tenemos ahora podría sobrevivir a las tremendas condiciones ambientales del nacimiento del universo –miles de millones de grados de temperatura, concentraciones de materia de densidades astronómicas, radiaciones propagándose a velocidades casi infinitas en comparación con los modestos 300.000 kilómetros por segundo de la luz de hoy en día, etc.–) un espectáculo fascinante: el nacimiento de la vida. De allí, de aquel conglomerado seguramente informe e infernal hemos nacido; más aún: somos, aunque algo evolucionado, precisamente aquello: polvo de estrellas sutilmente enfriado.

Dicen los científicos que aquella gran explosión que puso en marcha el reloj del universo se detendrá un día (seguramente cuando eso ocurra ni siquiera haya ya días: los planetas no giren y las estrellas se hayan apagado). Cuando eso ocurra, si ocurre, toda la energía de aquella magna explosión se habrá consumido, ¿nosotros también estaremos muertos?

Maravillosa pregunta ésta que menester será contestar en otro momento; por ahora conformémonos con cuestiones más triviales.

Volviendo al gráfico (Figura 3) en el que hemos situado la curva de la vida y la recta de máximo rendimiento vital, teniendo en cuenta lo que terminados de decir sobre los retrasos en la percepción de la realidad, se podría decir, con bastante intuición, pero también con notable seguridad, que la realidad ocurre en la recta de pendiente 45 grados de nuestro gráfico, mientras que la percepción de esa realidad se tiene en la curva de la vida, quizás muchos años después de que las cosas hayan ocurrido.

Siempre hay un retraso entre la realidad y su percepción. Vivimos, por extraño que parezca, en un mundo virtual. Nuestros sensores de la realidad que nos circunda tienen un retraso –en ocasiones bastante notable– imposible (por ahora) de soslayar. Incluso la vista, que es el más rápido de nuestros instrumentos de contacto con la realidad tiene un retraso importante. Cuando un individuo ve a otro, lo que ve ya no existe en la realidad. La luz que sale de la cara de la persona observada tarda un tiempo en llegar hasta los ojos del observador e impresionar la retina de éste. A ese tiempo, hay que añadir el tiempo que tarda la información óptica en llegar hasta el cerebro, y una vez allí, ser interpretada por el individuo observador. De forma que cuando este último se da cuenta de que está viendo a un amigo que hacía tiempo no veía e intenta aproximarse a él para saludarlo, igual el amigo ya se ha ido. Es lo mismo que ocurre con la luz de las estrellas: quizás ahora estamos viendo estrellas que haga miles de años que ya no existan como tales.

Hay pues dos retrasos inevitables: el tiempo necesario para crear los sensores que captarán la realidad, y un segundo retraso relacionado con el tiempo que los sensores ya construidos invertirán en funcionar y dar información fidedigna. Si el gráfico de la curva de la vida lo interpretamos como el gráfico que midiese la vida de todo el universo, el punto marcado como 0 representaría la situación

actual, el hoy consciente. A ese punto 0 del hoy del hombre le corresponderían dos tiempos: el tiempo cronométrico y el tiempo vital. El tiempo cronométrico es el tiempo habitualmente medido por los relojes, es decir, el resultado de una medición. Para medir el tiempo cronométrico necesitamos de un instrumento capaz de variar con el tiempo y de una inteligencia capaz de percatarse de esos cambios. Estamos acostumbrados a llamar al tiempo cronométrico tiempo real, pero no es así. El tiempo real está por delante del tiempo cronométrico y la relación entre ambos no es lineal. Las cosas no ocurren en el tiempo que marcan los relojes, sino antes. Cualquier experimento que se diseñe para saber cuándo ocurrió un determinado proceso nunca nos dará el tiempo exacto en el que ocurrió, sino una diferencia de tiempos.

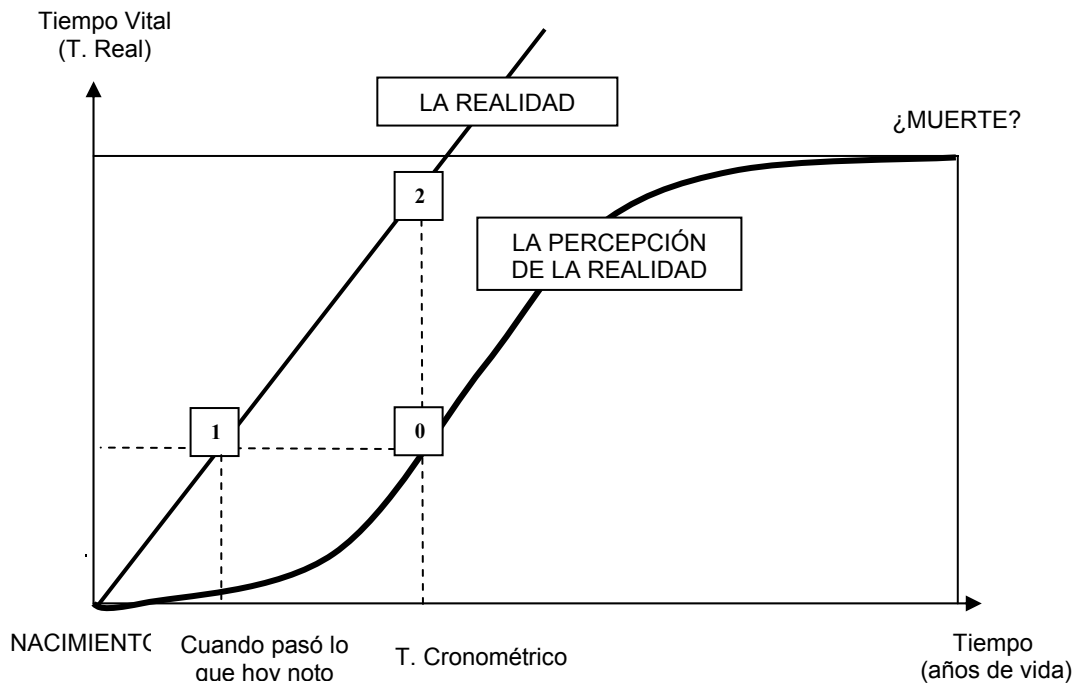


Figura 3

Supongamos una carrera atlética, cuando los corredores se ponen en marcha se activa el cronómetro, y cuando los corredores llegan a la meta se para. Admitiendo que los dos puntos estén bien medidos y que el reloj haya funcionado bien durante la carrera, después de hacer los cálculos pertinentes, el cronometrador da una medida relativa de la carrera, esto es: dice lo que duró; pero no dice la hora absoluta del inicio y de la terminación de la misma. Todas nuestras medidas del tiempo son relativas, no sabemos medir tiempos absolutos. Supongamos que el tiempo absoluto fuese el tiempo transcurrido desde el Big-Bang hasta ahora. Hay aparatos que miden ese tiempo, por ejemplo radiaciones emitidas entonces y que con el “tiempo” van amortiguándose. Si fuésemos capaces de graduar en una escala temporal esas amortiguaciones ya tendríamos un reloj de tiempo absoluto. Ahora bien, lo fundamental del reloj no sólo es que funcione bien, lo importante es, además, que se pueda consultar su medida. El sistema sugerido para medir el tiempo absoluto está funcionando desde el Big-Bang, pero sólo desde hace unos pocos años a los humanos nos ha entrado curiosidad por consultar su lectura.

Pues bien, cuando se lee la hora en un reloj, cuando una mente humana toma consciencia de la hora que es, esa hora ya ha pasado. Cuando mirando el segundero de un reloj vemos que éste pasa justamente delante de una de las marcas hechas en la esfera y decimos con toda seguridad e inocencia: “¡ahora!”, ese ahora ya ha pasado.

Desde el punto 0 del gráfico se avista pues dos tiempos: el cronométrico (el medido por los relojes, que no es un tiempo absoluto, sino un tiempo referido a un hito importante de la historia como el nacimiento de Cristo o de Mahoma, pero nada más) y vital. El tiempo vital corresponde con lo que de verdad ocurrió en algún instante de tiempo indeterminado para los cronómetros y de lo que, pasado otro tiempo, empezamos a ser conscientes en el tiempo 0. Lo que se observa en el hoy del tiempo relativo 0 (que como es lo que tenemos más cerca tendemos a convertirlo en absoluto y fijamos en él el origen de los tiempos) es algo que ya ocurrió; en la gráfica sería el punto 1. Bajando desde 1 hasta el eje de tiempos cronométricos encontramos un punto temporal que nos diría cuándo ocurrió realmente lo que ahora estamos notando. Ese cuándo ocurrió medido en el eje de tiempo cronométrico sería una medida en segundos de cuánta energía vital y astronómica se ha necesitado para que pudiera ocurrir lo que ahora (en el instante relativo 0) estamos notando. En términos equivalentes, se puede decir que para notar una cosa que ocurrió hay que primero tener un instrumento capaz de reaccionar a esa cosa (antes de que dispusiésemos del instrumento era imposible darse cuenta de que esa cosa existía –si es que existía entonces–), y además, habría otro retraso que sería el producido por el sistema de medida.

En el gráfico de la Figura 3, el primero de los tiempos iría desde el origen de los tiempos reales hasta la proyección de 1 sobre el eje de los tiempos cronométricos, y el segundo retraso iría desde la proyección de 1 hasta la de 0.

Está pues fuera de toda duda razonable, que el tiempo que creemos real, el del reloj, es más falso que el dinero del “monopoli”. No es por ello muy recomendable jugarse la vida por él, por mucha apariencia de verdad que tenga y esté pintado de amarillo.

Si continuamos en nuestro análisis, siguiendo con el gráfico, si desde el punto 0 nos movemos verticalmente hacia arriba hasta cortar a la recta de máximo rendimiento vital, llegamos al punto 2. Éste es un punto desconcertante.

De lo visto hasta ahora debiera estar muy claro que cualquier cosa de la que el hombre tenga noticia a través de cualquiera de sus sentidos es algo que ya ha pasado. Y esto, que de alguna forma desmitifica bastante al presente que creíamos absoluto, tiene una consecuencia realmente interesante. Resulta que en ese ahora tan escurridizo para nuestros sentidos, están ocurriendo cosas de las que, obviamente, no podemos darnos cuenta, puesto que nuestros sentidos, o bien responden con un retraso, o bien, ni siquiera son capaces de notar nada. Es decir, ahora están ocurriendo cosas de las que no nos daremos cuenta hasta que haya transcurrido algún tiempo, o quizás, no nos demos cuenta nunca.

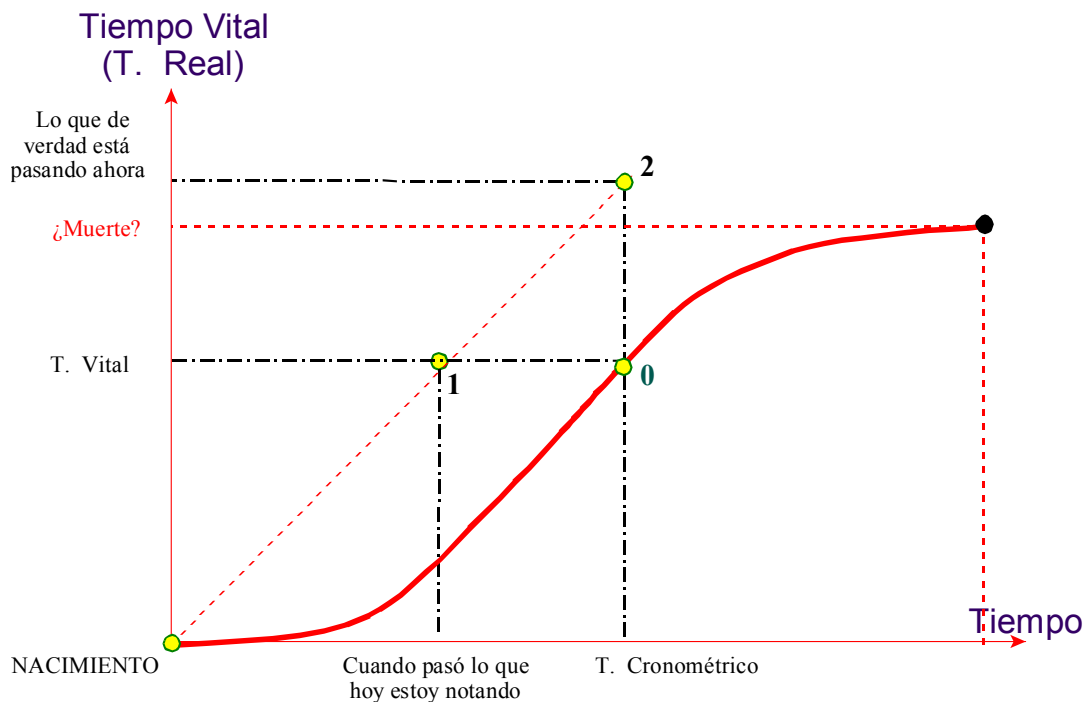
Por ejemplo, hoy se puede estar empezando a crear en nuestro cuerpo un cáncer. Hasta que ese cáncer se haga lo suficientemente grande como para ser detectado por nuestros sensores puede pasar mucho tiempo, puede que cuando se detecte su presencia sea demasiado tarde para curarlo, puede incluso que cuando lo detectemos ya estemos muertos.

Las cosas empiezan siendo pequeñas, luego medianas y por fin grandes. Para poder apreciar algo ese algo debe tener un tamaño apreciable, tamaños inferiores son inapreciables, y lo inapreciable –aunque exista– es igual que lo que no existe: ninguna de las dos cosas se nota.

Hoy, a esta hora, están ocurriendo muchas cosas que aún no notamos, cuando tengamos noticias de ellas podrán ser buenas o malas, reversibles o irreversibles, letales o no. De esas cosas lo primero que nos llega es lo más superficial y rápido: su luz (sus reflejos). Después vendrán cosas más sólidas; todas ellas están siendo creadas ahora, igual que lo que ahora sentimos fue creado e incubado hace algún tiempo.

Pues bien, el punto 2 representa precisamente eso, lo que ahora está ocurriendo y de lo que tendremos noticia, quizás, en el punto 3. Y digo quizás, porque si nos descuidamos, quizás, cuando logremos darnos cuenta de lo que ahora está pasando ya estemos muertos. Si el punto 0 en vez de estar

situado a la mitad de la curva de la vida, hubiera estado en su parte final, fácilmente hubiera podido ocurrir lo que se muestra en el gráfico de la Figura 4.



(Figura 4)

Es decir: que para cuando queramos darnos cuenta de las cosas que están pasando ahora, nosotros, quizás, ya no estemos aquí.

Naturalmente, éste es un asunto apasionante: ¿sobreviviremos a la muerte?, ¿qué pasará cuando estemos muertos?, ¿habrá alguien que dé fe de las consecuencias de nuestras acciones? Pero seguimos con prisa y no podemos detenernos mucho “tiempo” aquí. Aunque sí el suficiente para anotar algo que puede resultar muy instructivo: el ahora lo podemos modificar, el hombre sí puede determinar el futuro simplemente cambiando el presente. Es como tomarse un vaso de whisky, en el instante que se toma no se siente gran cosa, pero cuando el alcohol ha hecho su efecto en el organismo entonces notamos los *efectos* de nuestra acción. Lo mismo cuando en el instante actual se hace alguna bondad a alguien, en el momento no se nota su efecto, pero pasado el tiempo (mucho o poco según los casos), inevitablemente se notará el efecto de la bondad cometida. Quizás ese efecto sólo consista en que alguien siga vivo cuando todos hayan muerto.

¿Y LA HUMANIDAD? ¿CÓMO EVOLUCIONAMOS?

Lo que hemos visto hasta ahora describe con bastante propiedad lo que es la vida de un individuo; no hay duda de que nacemos, vivimos y morimos; de que necesitamos un tiempo para desarrollar unas cualidades físicas y psíquicas, otro tiempo para ejercitar esas cualidades, y finalmente, otro tiempo para morir. De modo que nadie puede no estar de acuerdo con lo que se ha expuesto hasta ahora, puesto que todos –hasta los que no quieran serlo– somos individuos, y por ello, estamos sujetos a “la ley de la vida” de los individuos.

Sin embargo, si claro está que somos entes con fronteras (ésta podría ser una buena definición de individuo), también está claro que, aunque nadie lo quisiera, todos tenemos una vida más allá de esas fronteras, o lo que es lo mismo: todos tenemos una vida que desborda nuestra individualidad, todos, por decirlo de una forma asumible por cualquiera, tenemos una vida social, una vida como Humanidad, una vida como Universo.

El hecho de vivir –a veces solamente: sobrevivir– nos hace que el punto de vista desde el que más tiempo estamos habituados a contemplar la existencia es el del individuo en el que habitamos. Esto es imprescindible y obligado, todas las criaturas son, antes que nada, individuos que miran por su propia supervivencia. Si las ovejas en vez de velar por su propia vida antepusieran ésta a la vida de los lobos, muy pronto se extinguirían las ovejas, y un poco después, los lobos. Para que el mundo pueda funcionar, las criaturas deben mirar en primer lugar por sí mismas y no por aquellas otras que dependen de ellas. Esto, obviamente, no sólo es cierto para cualquier bicho viviente, sino que además, lo es hasta para las sustancias químicas; si el agua por ejemplo, no tendiese, en primer lugar, a mantener sus propiedades físicas y químicas que la caracterizan como agua y se descompusiese en hidrógeno y oxígeno, entonces, simplemente, no habría agua en ningún sitio de forma libre, la única agua que se podría encontrar lo sería de forma inestable, como si dijésemos: “a punta de pistola”.

Pues bien, además del punto de vista del individuo existe el punto de vista de la tribu, del país, del planeta, del Universo. Y aunque casi todo el mundo lo dude, cuanto más inteligente es un individuo más capaz es de asumir puntos de vista que exceden el de su propia individualidad. Pongamos a prueba esa inteligencia y respondámonos a una simple pregunta: ¿cómo crece la Humanidad? O si se prefiere: ¿qué nos ha pasado y qué nos va a pasar? O para decirlo con mayor propiedad aún, ¿qué sabemos de lo que ya nos ha pasado y de lo que, sin saberlo, estamos haciendo hoy para que nos pase mañana?

De eso se trata, de saber cuál es nuestra evolución, de saber cuál es la secuencia de cosas que nos está pasando: lo de ayer, lo de hoy, y lo de mañana. Porque a nosotros, a los humanos, nos están pasando cosas que están relacionadas entre sí y que apuntan en una dirección. Con frecuencia, por vivir ensimismados dentro de los individuos, propendemos a creer que no hay evolución, que siempre se está en el mismo sitio. Pero obviamente, no es así. En otras épocas históricas –pongamos por ejemplo el siglo XI de la era cristiana en Europa–, las cosas ocurrían tan despacio, unos años se sucedían a otros con tanta similitud, que era fácil caer en la tentación del *estacionarismo* histórico (lo de que el tiempo es cíclico y que todo se repite a lo largo de la historia). Pero hoy ya nada va despacio; en el pequeño plazo de treinta años, ha sido posible ver cómo se sucedían varias formas de vida muy diferentes entre sí. Tan grandes son esos cambios que hoy es muy difícil para los jóvenes reconocerse en sus abuelos. De hecho, para muchos de esos jóvenes, respetar las opiniones de sus abuelos es algo superior a sus muy crecidas fuerzas físicas. Y por el otro lado, una persona corriente de entre 70 y 80 años es muy difícil que entienda algo de lo que está pasando a su alrededor, si pretende para ello, aplicar los esquemas mentales que funcionaban en su juventud.

La vida de hoy no es ni mucho menos igual a la vida de hace 50 años; ni siquiera es igual que la vida de hace 25. La vida es siempre un continuo cambio, aunque ciertamente, no siempre lo ha hecho con la velocidad con la que lo hace hoy. En otros tiempos las diferencias entre unas generaciones y las que las sucedían eran tan mínimas, que se daba el caso verdaderamente singular hoy en día, que las profesiones de los padres eran heredadas por sus hijos durante generaciones y generaciones hasta el extremo de que esas profesiones servían de apellidos. Quizás hoy, el único oficio que se sigue heredando sea el de rey, y por los pocos reinos que aún persisten en el mundo, es muy probable que esta forma arcaica de heredar la profesión de Jefe del Estado pronto sea totalmente erradicada –para alivio de los príncipes herederos, que por fin podrán elegir la profesión que les plazca, y el estado civil que les beneficie–.

El caso es que hoy, aunque con dificultades, somos capaces de percatarnos de algo extremadamente evidente y consustancial con el ser humano y con el Universo mismo: crecemos, evolucionamos, llevamos una trayectoria individual y social de la que es imposible sustraerse. Se podría si acaso ignorar, pero nunca evitar seguir en ella. De modo que no estaría de más echarle un vistazo a esa trayectoria. Vamos allá.

DESDE EL BIG-BANG HASTA HOY.

Para representar la vida de la Humanidad se pueden utilizar los mismos ejes que se usaron para describir la curva de la vida de un individuo; sólo que en este caso, el eje de tiempos cronométricos empezaría a contar en el pasado más remoto del que tenemos noticia: el big-bang, el gran estallido del que descendemos y provenimos. Seguramente habría un antes de ese instante inicial, pero por el momento, será mejor que renunciemos a conocerlo (bastante tenemos con aclarar lo que nos ha pasado en los últimos 13.500 millones de años; aunque no debemos descartar ir más lejos en cuanto podamos).

Si para la vida de un individuo el eje de los logros vitales nos describía qué iba un individuo alcanzando en su vida cronométrica, en este caso, ese eje nos medirá aquello que la humanidad ha ido logrando desde el origen de los tiempos conocidos. Pero es evidente que no siempre ha habido Humanidad, los hombres somos un habitante muy reciente del Universo, hace, como quien dice: cuatro días, no había hombres en la Tierra. La conformación de lo que somos hoy ha requerido mucho tiempo y evolución. Y lo curioso de ese proceso de formación es que nos hemos ido haciendo de menos a más, es decir, hoy hablamos con bastante soltura de cómo se ha ido consolidando la Humanidad, de cómo primero fuimos primates más o menos despabilados, y más tarde *homo sapiens* y finalmente *homo sapiens sapiens*. Pero hace tan sólo 500 años hablar de esta forma tan fácil y corriente podía llevar a la hoguera. Y es que lo que sabemos hoy no lo hemos sabido siempre.

Hubo un punto en la historia de la Humanidad en el que los hombres se dieron cuenta de lo que eran, esto es: se dieron cuenta de que no eran animales. Si conociésemos ese punto, ahí habría que situar el origen de tiempos de la Humanidad. Porque antes de esa fecha lo que pasase con nosotros no era cosa nuestra, esto es: sólo desde el día que sabemos lo que somos y lo que podemos hacer, es legítimo hablar de la historia de la Humanidad, antes, no.

Es como un niño, hay un instante en su vida en el que se da cuenta de que ha llegado a una situación vital en la que puede hacer cosas por sí mismo, en la que puede incluso infringir las normas, un día en el que toma posesión de su destino (hay personas que no hacen esto nunca en su vida, pero aunque no lo hiciese nadie, ello no impide que así pueda ocurrir). Es como el crecimiento de las plantas, es como si naciésemos de una semilla de la que extraemos la energía y el alimento necesarios para desarrollar un mínimo sustrato físico desde el que empezar una andadura vital en solitario.

Un buen día la Humanidad se encontró a sí misma ya hecha; sin seguramente darse cuenta de lo que había hecho consigo misma, en una circunstancia histórica favorable, la Humanidad se percató de algo que debió convulsionarla sobremanera: ya no era como un rebaño de acémilas, era un conjunto de individuos con un grado de libertad muy grande.

Ese día debería de ser el inicio del origen de los tiempos históricos, puesto que antes de entonces no éramos libres, no éramos hombres, éramos, como mucho, animales amaestrados.

Si la responsabilidad de lo que la Humanidad hizo para hacerse a sí misma no fue de ella misma (en el sentido que más tarde se dio a la palabra responsabilidad), sino que fue el producto de mil circunstancias favorables y 999 desfavorables, no es ni mucho menos erróneo afirmar que la Humanidad encuentra su existencia ya hecha, es decir, es como si los dioses nos hubieran regalado la consciencia de ser nosotros mismos.

Continuando con el ejemplo de las plantas, las semillas y los cotiledones, en el gráfico en el que se va a representar la evolución de la Humanidad, el tramo que va desde el big-bang hasta el día en el que el hombre descubre que ya es hombre se ha representado como una especie de gran cotiledón. Y utilizando la imagen de la creación divina, se podría decir con total certeza que cuando el hombre descubre lo que es, al encontrarse ya hecho, tiene que forzosamente admitir la absoluta pertinencia del rótulo escrito en el gráfico para caracterizar a la etapa inicial del hombre: Regalo de los dioses.

Más tarde pondremos fecha a esta primera etapa de las edades de la Humanidad, continuemos ahora con la siguiente.

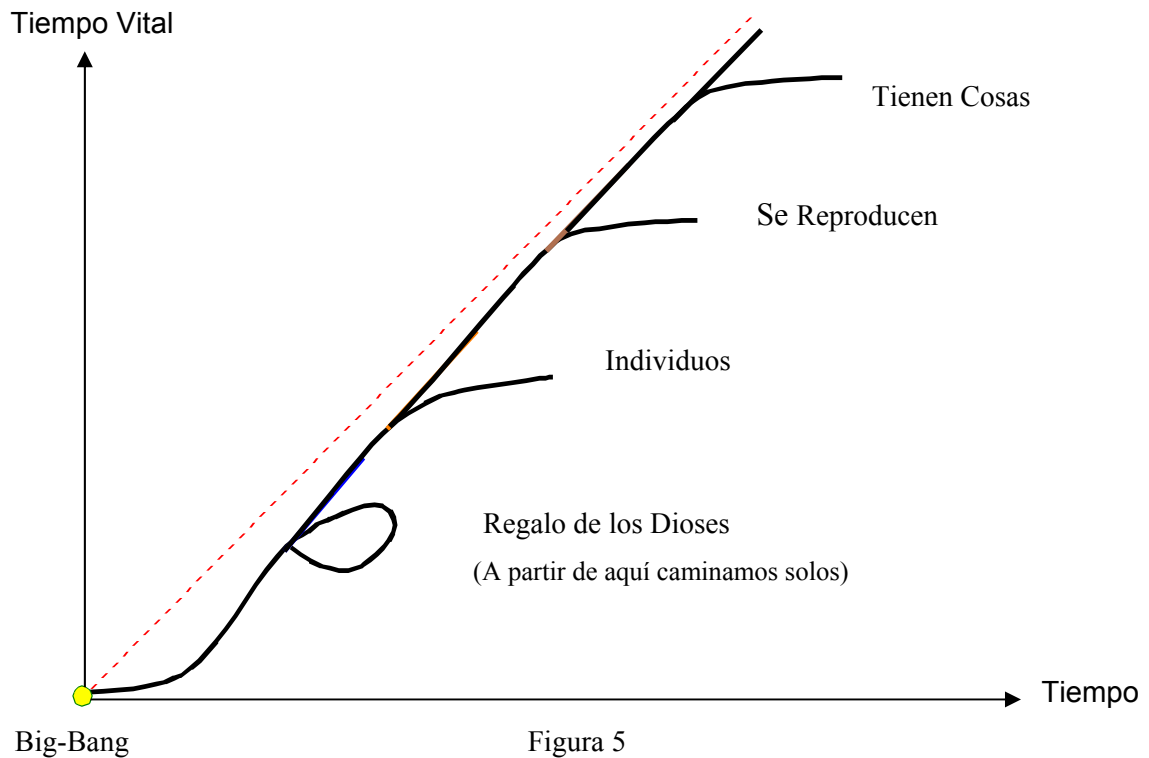


Figura 5

DESCUBRIR Y CONQUISTAR.

El descubrimiento de la humanidad del hombre –en forma negativa, hablaríamos del descubrimiento de la no animalidad de lo humano– no es algo instantáneo. Dios no instala en el barro el espíritu que nos convierte en hombres de forma subitánea, sino que el proceso es lento y gradual. Al mismo tiempo, como primero se ha de tener la capacidad que después se ha de ejercitar, el proceso es visto por el individuo involucrado en él como un descubrimiento, como algo que ya estaba hecho cuando él llegó allí.

El término descubrimiento es muy adecuado para describir lo que le pasó a la Humanidad el día que “descubrió” que ya no era igual que las bestias. Ciertamente no es que siempre se hubiera sido lo que sólo se fue a partir de un cierto día (mejor, de lo que se empezó a ser de forma gradual desde un cierto día), es decir, que en realidad no se descubrió nada –no se puede descubrir lo que no existe–, sino que se empezó a ser de otra forma a la que se era. Pero a pesar de ello, la imagen del descubrimiento es correcta para lo que andamos buscando. Especialmente si se completa con la idea de conquista.

Efectivamente, las cosas puede que se descubran un día, pero no se conquistan hasta pasados, a veces, muchos años. Por ejemplo América: se descubrió un día –hay quien opina que no fue el día que todos afirman que fue, y que tampoco fue en un solo día–, pero de lo que no hay duda es de que no se conquistó al día siguiente; se necesitaron muchos años hasta completar la conquista de lo descubierto.

Con la individualidad humana ocurrió algo semejante. Un día el hombre descubre que ya no es un animal, ni siquiera un animal amaestrado a fuerza de premios y castigos. Ese día fue evidentemente algo trascendental para el hombre, pero ese día no se conquistó, ni mucho menos, esa ansiada

individualidad. Sino que, usando nuevamente la imagen vegetal, tras los cotiledones regalados por los dioses, la pequeña planta echó una pequeña hoja que necesitó un tiempo para crecer y consolidarse.

Naturalmente (quizás el término “natural” sea excesivo) el crecimiento del hombre no se detuvo el día que se conquistó definitivamente la individualidad humana, sino que después de esta primera etapa de vida realmente humana vinieron otras. Utilizando el ejemplo de las plantas, a los humanos nos ocurre como a ellas en la etapa de crecimiento, que justo cuando una generación de hojas se consolida y alcanza su plenitud es cuando, a la planta, le nace otra nueva pequeña hojita que poco a poco va creciendo y consolidándose.

¿Qué hoja fue la que le creció a la Humanidad cuando ésta conquistó su propia consciencia de individualidad? La respuesta es casi obvia: la nación. Para que un individuo humano llegue, primero a descubrir y luego a conquistar lo que es, ha debido pasar mucho tiempo mirando hacia dentro de sí mismo, los demás, lo de afuera, quedó, forzosamente, en un segundo plano. Pero cuando lo interior ya está bastante consolidado, el punto de mira se dirige, naturalmente (aquí lo antinatural sería seguir mirando hacia adentro), hacia afuera. Y afuera, el individuo dueño ya de sí mismo, descubre a otros individuos como él.

Si mágico y maravilloso fue el descubrimiento de que no se era un animal, igualmente mágico debió de ser el día en que el hombre descubre que no está sólo, que hay otros como él. ¿Qué se hace cuando se descubre a un semejante? La reacción natural es acercarse, reconocerse, intimar, vivir juntos y perpetuar la especie. Es decir, perpetuar a esos nuevos individuos que hemos descubierto y conquistado.

Nuevamente, perpetuarse no es una labor que se logre en un día, o mejor dicho: en una generación. La Humanidad ha necesitado del esfuerzo acumulativo de muchas generaciones para conseguirlo. Bueno, en realidad aún no hemos llegado a ese extremo, se llegará cuando, una de dos: consigamos no morir individualmente, o como especie. Si fuésemos eternos, si no muriese nadie, llegaría un momento que no podríamos tener más hijos porque la vida sería insostenible por falta de espacio o alimentos. Y de forma similar, si fuésemos eternos como especie, si supiéramos cuántos de nosotros van a morir cada año, llegaría un momento que terminaríamos por igualar la cifra de los que nacen a la de los que se mueren, y de esta forma tan simple conseguiríamos el mismo efecto que si fuésemos eternos individualmente.

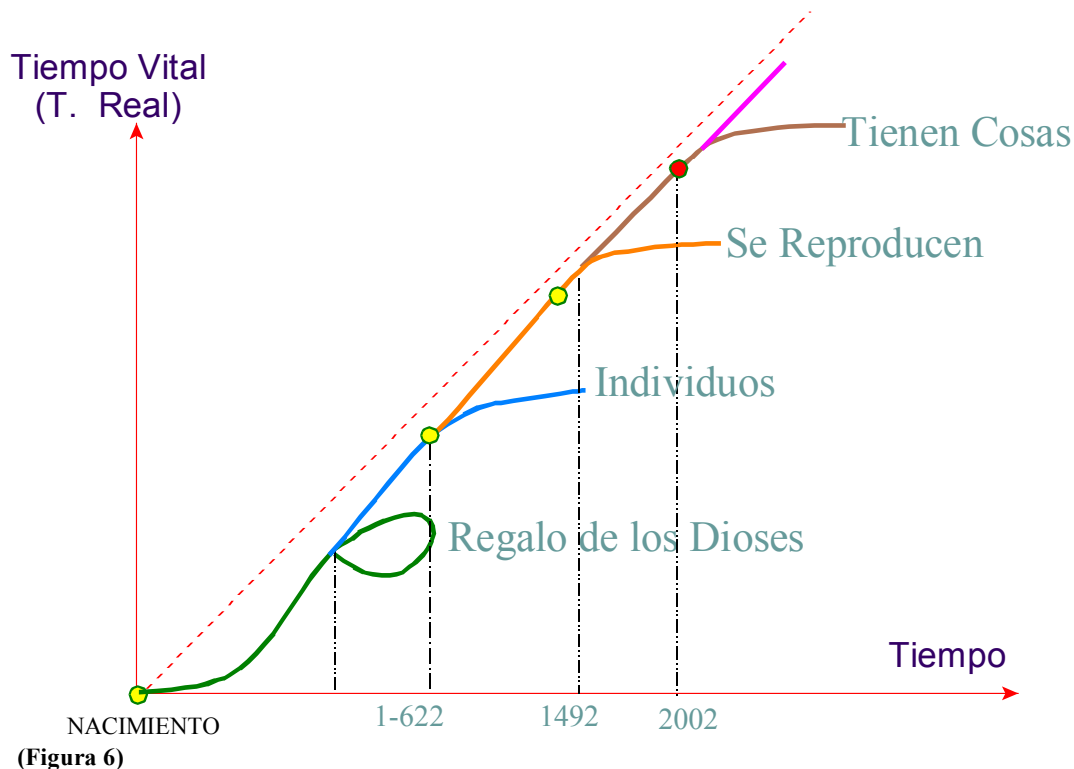
Ese día en el que por fin se alcance la estabilidad demográfica aún no se ha producido, pero no está lejos, según pronostican las Naciones Unidas y otros organismos de reconocida solvencia se producirá hacia el año 2050 en un nivel de población de alrededor de 12.000 o 14.000 millones de personas. El día que esto ocurra la Humanidad habrá conquistado el segundo de sus grandes retos: la inmortalidad. Ciertamente será una inmortalidad un tanto sui géneris, pues seremos eternos a fuerza de ser muchos y puede ocurrir que no siempre seamos exactamente 14.000 millones, pero seremos a fin de cuentas: eternos.

Pues bien, una vez asegurada la subsistencia el hombre volverá a cambiar su punto de mira. Nos volverá a crecer otra hojita en el árbol de la vida de la Humanidad. Y como no podía ser de otra forma, la nueva orientación será, está siendo ya, hacia las cosas. Primero nos percatamos de que éramos individuos, luego descubrimos a otros que eran igual que nosotros e intentamos perpetuar lo que éramos, y una vez conseguido, la mirada se nos fue deslizado hacia lo que no era yo, ni tú, ni él, es decir, hacia las cosas. Y naturalmente, el primer impulso fue —está siendo— poner esas cosas a nuestra disposición.

Por cierto que esa evolución se parece mucho al famoso mandato bíblico dado por Dios a los hombres: “creced y multiplicaos, y dominad la Tierra”.

¿DÓNDE ESTAMOS? (NO TODOS ESTAMOS EN EL MISMO SITIO).

Con los datos que hemos ido aportando es posible ya poner fechas al árbol de la vida humana. Aunque antes de hacerlo es preciso constatar que no todo el mundo está en el mismo sitio del árbol. Si hacemos una división en tres mundos, al primero de ellos, el mundo más desarrollado, habría que colocarlo en la rama que conduce a las cosas. Ciertamente no todos los habitantes de los países más ricos del mundo orientan su vida hacia el tener, acaparar y disfrutar de las cosas, pero sí una inmensa mayoría. Hay, afortunadamente una minoría que empieza a ver que no todo en la vida es el dinero, la economía, la fama o la gloria personal, y empieza a sospechar que quizás haya “otras cosas”. Esas personas son la avanzadilla del nuevo tallito que le está brotando a la Humanidad y que tal vez lo aparten del consumismo indolente.



Finalmente hay otro mundo integrado esencialmente por los países africanos y asiáticos más pobres, que están empezando a percatarse de algo elemental: que son personas. O si se quiere en forma negativa: hay muchos millones de personas en el mundo que aún no saben que lo son. (Siguiendo por aquí se llega muy fácilmente a entender por qué existió la esclavitud y el racismo).

De modo que las fechas que se ha colocado en el árbol son las que corresponden con el paso de la cabeza del primer mundo por esos hitos vitales. Y por tanto, se trata más de un intervalo de tiempo que de una fecha puntual concreta. Es decir, que hay que indicar cuándo empieza a pasar el primero por un sitio concreto (sería el descubrimiento de ese logro vital) y cuándo pasa el último (que sería la fecha en la que se conquista definitivamente lo descubierto).

Es por esto que la Figura 7 nos servirá mejor para fijar las fechas, que el gráfico de las Figuras 5 y 6.

VARIABLE QUE DETECTA EL CAMBIO	AÑO APROXIMADO	DESCUBRIMIENTO	CONQUISTA
P.I.B. = cte			Somos una única cosa
Población = cte	2050	Somos la misma cosa	Somos un único individuo
Nº de naciones = cte	2003	Somos un único individuo	Somos una nación. (Globalización)
Nº de religiones = cte	1492	Somos una nación	Somos personas Individuos
	1-622	Somos personas divinas. Hijos de Dios. No animales. (Dios no tiene hijos)	

Figura 7

Comencemos pues por el principio: el descubrimiento por el mundo occidental de que es un individuo. Esto ocurre en el año 1 de la era cristiana (bueno, quizás sería mejor fecha el año 33). Fue gracias a Jesucristo que Occidente descubre, que no conquista, algo extraordinario y apenas intuido hasta entonces: somos individuos, somos personas humanas. Bien es cierto que esto fue posible gracias a un error: el de considerar que somos personas divinas, que nuestra autonomía individual nos venía prestada por una instancia superior (la divina), y que como mucho, éramos “hijos de Dios”. (Este error fue posteriormente subsanado por Mahoma en el año 622, cuando afirmó algo por otra parte absolutamente evidente: “Dios no tiene hijos”).

Jesucristo pagó muy caro su atrevimiento y su error: le costó la vida; los judíos no pudieron soportar esa tremenda herejía, y terminaron por mandar a la cruz a quien se decía a sí mismo Hijo de Dios. Pero a cambio de ese error, y por tanto, de alguna forma también a cambio de su vida, Occidente descubrió algo maravilloso: somos personas, individuos bien diferentes de las bestias. Para los judíos, y también para los romanos, el hombre corriente –también el ilustrado– no pasaba de ser un animal amaestrado por el imperio de la ley. No hay libertad en el sometimiento a la ley por la fuerza del premio o el castigo. Un caballo y un hombre que respetasen el código de la circulación a fuerza de latigazos y azucarillos o de multas y premios serán buenos ciudadanos pero como personas serán acémilas.

Jesús fue pues extraordinariamente insolente e imaginativo cuando afirmó que la ley estaba hecha para el hombre y no el hombre para la ley; justo lo contrario de lo que hasta entonces se había venido dando por bueno. Por cierto que aún hoy se sigue pensando que el hombre no es más que un animal amaestrado, y uno de los sitios donde con más fruición se piensa así es en los Estados Unidos de Norte América. En aquellas tierras, a la Constitución se le tiene tanta devoción como tenían los romanos por sus leyes, y hasta la más simple de las acciones cotidianas (como que los niños lleven casco cuando montan en bicicleta, por ejemplo) son estimuladas con el restaño de las penas de cárcel. (Singapur es otro sitio donde esta adoración por la ley se ha convertido en enfermiza).

Obviamente, el hecho de que las leyes son inventos del hombre para servirse de ellas de forma transitoria (incluidas la ley de Moisés y la Constitución de los Estados Unidos) es tan claro y evidente que ni judíos ni romanos (ni hoy los estadounidenses) podían decir nada en contra, porque así ha sido siempre: las leyes son instrumentos coyunturales para estimular a las bestias para que se conviertan en humanos, y no al revés. Pero lo que no pudieron aguantar los judíos fue el error de Jesús: llamarse a sí mismo Hijo de Dios; eso era demasiado para personas tan simples y tan, justificadamente, orgullosas.

En cuanto a los romanos, en un principio no les importó (Jesús no tenía nada en contra del César), pero cuando más tarde los cristianos pusieron en duda la divinidad del Emperador, la cosa se complicó. Obviamente, ni judíos, ni romanos pudieron taponar la fuerza de la evidencia; matar al descubridor de una idea tan simple y tan rotunda no sirve para matar la idea, si acaso, sirve para poner en evidencia la debilidad de quien se defiende tan violentamente, de algo tan pacífico y sutil.

Dejando a un lado la discusión religiosa, que sin duda interesará a muchos lectores, lo que nos importa ahora es la consecuencia del error de Jesús: somos hijos, somos personas, somos individuos humanos; no somos bestias, ni siquiera somos animales amaestrados. Esto es trascendental. Porque si se es siervo (aunque sea de la Ley Dios) o esclavo (aunque sea del César), no se es libre. Pero si se es Hijo de Dios y se está por encima de César, sí se es libre. Hay una gran diferencia entre ser el siervo de un señor o ser su hijo. Éste es el gran acierto de Jesús, ¡qué fácil y qué sencillo! Algo revolucionario para aquel tiempo, algo de una potencia y una simplicidad tal, que obligatoriamente, tarde o temprano, tendría que cambiar el mundo. Después de aquello ya nada podía seguir siendo igual, y efectivamente, así fue: todo cambió.

De modo que no erraron nuestros antepasados cuando decidieron cambiar el calendario y marcar como año 1 (se les olvidó el cero) el año del nacimiento de Cristo. Tampoco anduvo errado Mahoma al corregir a Jesús (Dios no tiene Hijos); el problema de ambos es que los dos estaban equivocados en lo mismo que era su mayor acierto.

LA CONQUISTA DEL INDIVIDUO.

Cómo nos cuesta abandonar este punto para pasar al siguiente, con gusto seguiríamos aquí durante mucho tiempo aclarando equívocos y aciertos que nos han perseguido, para bien y para mal, durante los últimos dos mil años. Tiempo habrá para ello. Ahora lo que conviene es el siguiente paso: ¿cuándo el hombre conquistó su individualidad?

Como siempre, no fue un día concreto cuando se alcanzó este hito humano maravilloso, sino que fue un intervalo de tiempo enorme de más de 1500 años. Por fijar un punto de referencia que nos oriente, se podría hablar de 1633, fecha en la que René Descartes formuló el famoso “cogito, ergo sum” (pienso, luego existo); o en otras palabras: “es cierto que el yo existe”. Para los hombres de hoy estas evidencias nos pueden parecer triviales, ¡claro que existe el yo que piensa y duda!, pero en 1633 esto ni era evidente ni era trivial, y en el año 33 el asunto estaba mucho más oscuro y confuso.

Pero después de la aportación de don Renato, ya nada sería igual. El hombre había conquistado su propia esencia: su individualidad. Y comenzó a utilizarla. Insisto que la conquista de Descartes no fue sólo de él, sino que quizás él fue sólo el notario que dio fe de algo que se había ido conformando desde los tiempos de Augusto. También es notorio que los hombres nacidos después de 1633 no incorporaron a sus genes el mecanismo de la duda metódica (al menos por ahora), pero lo que sí es evidente es que un escolar del siglo XXI tiene mucho más fácil ponerse a la altura de “Cartesius” que uno contemporáneo del rey Arturo.

Siguiendo con nuestra teoría, cuando la Humanidad termina de conquistar algo, al mismo tiempo que esto ocurre, se descubre otra cosa. Según hemos visto, después de su propia individualidad los hombres descubrieron a los otros individuos, se reconocieron en ellos y formaron pueblos y naciones. Pues bien, esto es precisamente lo que pasó: el mundo descubrió que estaba compuesto de naciones.

Nuevamente ese descubrimiento de la nación no ocurrió de un día para otro, y aunque se pueden citar muchos hitos históricos igualmente pertinentes, la fecha de 1492 puede ser una de las más emblemáticas. Y no tanto porque en ese año se descubriese América, sino porque precisamente ese mismo año se completó la conquista de España por parte de los Reyes Católicos, naciendo de forma

oficial del primer Estado moderno: España. Y al mismo tiempo que acontecía esto en la Península Ibérica algo parecido ocurrió en el resto de Europa, fue el tiempo en el que se formaron las naciones que ahora, cinco siglos después, empiezan finalmente a disolverse.

Naturalmente, en la Antigüedad y en la Edad Media también hubo naciones, pero no como las que surgieron en Europa a partir del Renacimiento. De hecho, ¡qué poco tenían que ver España, Inglaterra o Francia, con Hispania, Britania o Galia! Durante muchos siglos estos territorios estuvieron bajo el imperio de Roma, y después del Papa, pero poco más. No es hasta el siglo XVI que no se liberaron de ese dominio, y decidieron hacerse mayores de edad. Si en el siglo I son las personas las que se descubren a sí mismas, en el siglo XV y XVI se produce un proceso similar pero en el que son las naciones las que se descubren a sí mismas. Aquél fue el inicio del nacionalismo. ¡Ser una nación!, ¡qué cosa tan hermosa!; que ya ha pasado de moda.

Otra vez se repitió el proceso, lo descubierto un día se debió de conquistar mucho después. El nacionalismo prendió en todo el mundo y aparecieron naciones hasta en el cielo de la boca; primero las más evidentes, luego las más sutiles, hasta que finalmente, en nuestros días, ha llegado el momento en el que casi todo el mundo ya sabe que pertenece a una nación. Los últimos en darse cuenta han sido los pueblos que les toco vivir muy cerca de otros pueblos con una personalidad nacional muy fuerte, como es el caso de Gales y Escocia respecto de Inglaterra, o Cataluña y el País Vasco en España. También han debido buscar su esencia nacional los pueblos que fueron aglutinados más o menos a la fuerza en la antigua Unión Soviética y en otros países excomunistas, como es el caso de Yugoslavia y Checoslovaquia. Todos estos pueblos comparten idéntica carencia: no se autodeterminaron con sinceridad. Es como si tuvieran una asignatura pendiente de aprobar.

Pues bien, el mundo de las naciones se acaba. La globalización económica, ambiental y social es el fin de las naciones. Hoy los pueblos se unen para formar entidades supranacionales porque poco a poco van comprendiendo algo absolutamente evidente: somos una única nación. Cuando las distancias, las culturas, las monedas, las religiones o los accidentes geográficos nos hacían agruparnos con aquellos que sentíamos afines y rechazábamos a aquellos otros que creíamos extranjeros, el mundo de las naciones pudo existir. Pero ahora, esas diferencias artificiales ya no se sostienen; las comunicaciones, la economía, las tecnologías, las migraciones, en suma, la globalización, nos está haciendo ver esta evidencia que hasta ahora había permanecido escondida: no hay naciones; como mucho, solamente hay una.

Al igual que ocurrió con Descartes y la certeza de la existencia del individuo: que sólo hizo de notario, de fedatario público de algo que ya se conocía pero que nadie se atrevía a poner por escrito y rubricarlo con decisión. Con la idea del Nuevo Mundo ocurre algo similar; todo el mundo sabe o sospecha que las fronteras son entelequias, entes irreales y absurdos, pero hacía falta que alguien nos lo dijese claramente para afianzarnos en la idea que ya nosotros habíamos meditado de antiguo.

El mismo documento que dé fe de la existencia cierta de una única nación en la Tierra será, al mismo tiempo, el certificado de defunción del proceso nacionalista que la Humanidad emprendió en el siglo XV. Se acabó, ya no hay que seguir hurgando más en el nacionalismo de aldea, ahora es el tiempo del nacionalismo global. La tendencia era la correcta: buscar a los otros, a los iguales, a los otros individuos humanos; primero encontramos a los que estaban más cerca y después, a los que estaban más lejos, pero al final, nos hemos encontrado todos. Sólo falta rematar el trabajo desmontando los aparatos nacionalistas: fronteras, ejércitos, exclusión, orgullo, etc., para adaptarlos a la nueva situación; la real: todos somos ciudadanos del mismo país.

De modo que no hay cuidado, ya sabemos lo que tenemos que hacer, ya sabemos lo que nos va a pasar; se nos ha anunciado en tiempo y forma. Naturalmente, podemos ignorar el anuncio, pero ello no impedirá que se cumpla lo anunciado; si no nos movemos nosotros será la globalización la que nos mueva hacia el mismo lugar que se nos anunció: un mundo global.

Este fantástico y a la vez trivial hallazgo, el de la conclusión definitivamente de una de las edades del hombre, la nacionalista, no es ni mucho menos algo totalmente negativo, sino que nos va a permitir hacer un descubrimiento extraordinario. Un tesoro del que sólo habíamos oído hablar en los cuentos de hadas, un maravilloso regalo al que nunca habiéramos podido acceder si previamente no habiéramos renunciado al nacionalismo.

Se trata pues de un secreto, de un misterio que ha permanecido oculto durante siglos y que ahora nos es dado conocer: somos una única persona.

La mente de los humanos con ser extraordinaria no es, ni mucho menos, prodigiosa. Para que nuestro cerebro sea capaz de entender cosas es preciso que éstas encajen con las que ya conocemos. Además, para que una idea nueva pase a formar parte de nuestro acervo cognitivo, es preciso en primer lugar que esa idea nos sea previamente anunciada. Es decir, la idea no puede ser totalmente nueva, sino que al menos de una forma intuitiva, tangencial, mágica o religiosa, hemos debido tener noticia de ella. Si nunca se ha oído hablar de la vida después de la muerte o de la tabla de multiplicar, será preciso que alguien nos dé noticia de su existencia. El segundo paso consistirá en incorporar a lo que somos la nueva idea, para ello sólo hay un modo: comprobar que todo lo que ya somos está en eso nuevo que es más que nosotros.

Es como si la nueva idea fuese una pieza de un rompecabezas, que para admitirla en una posición de nuestra mente debe encajar perfectamente con todas las piezas que ya llevamos colocadas. Quizás estemos comenzando el rompecabezas y la nueva pieza sólo conecte con las que ya están colocadas en una mínima parte de su contorno total, da igual, el caso es que allí donde conecte con lo que ya está consolidado (lo que ya hemos dado por bueno) la concordancia ha de ser total.

En otras palabras, para admitir como buena la idea de que todos somos el mismo individuo, de que somos algo parecido a un inmenso hormiguero, es decir, que el verdadero individuo es el conjunto de todos nosotros y no cada uno en particular, necesitamos primero comprobar que esta idea encaja perfectamente en todo lo que tenemos ya consolidado, y después, el resultado final nos debe parecer bueno, o lo que es lo mismo: debe coincidir con nuestros sueños.

La idea de que todos somos uno no es nueva, ya ha sido anunciada por mucha gente a lo largo de la historia, pero siempre de forma parcial, es decir: complicada; o lo que es lo mismo: de forma religiosa, poética, mágica o mítica. Es por esto que a pesar de los muchos intentos nunca hemos podido colocar esa pieza en su posición correcta; nunca la hemos podido dar por buena definitivamente. Es una pieza muy importante, con ella bien ubicada intuimos que la Humanidad dará un salto de gigante en su evolución; razón por la cual la inquietud por colocarla en su lugar hace que no reparemos en otras piezas más modestas pero sin las cuales nunca podremos colocar la que buscamos.

Alrededor del año 2050 la Humanidad colocará, forzosamente (a la fuerza), la pieza del rompecabezas en la que está escrita una verdad de consecuencias maravillosas: somos la misma cosa. Por qué en esa fecha y no en otra es algo bastante sencillo de pronosticar. Por lo que sabemos, dentro de unos 50 años la Humanidad estabilizará su población, ya no creceremos más; seremos muchos (12.000.000.000 ó más) pero no aumentaremos ni disminuirémos significativamente. Es decir, la Humanidad habrá alcanzado su segunda meta importante (la primera fue la conquista del individuo): multiplicarse, perdurar indefinidamente. El día en que la población no aumente (esto es por cierto lo que está pasando en los países adelantados) la gente volverá sus ojos hacia las cosas (exactamente como han hecho los países ricos). El siguiente paso de la Humanidad es “dominar las cosas”.

El primero de los tres mundos en los que dividimos al planeta ya llegó a ese punto hace algunos años, el indicador de esa llegada no es otro que la tasa de natalidad. Y a medida que iban llegando allí orientaban sus pasos hacia el siguiente escalón: las cosas. Tener cosas, poseer cosas, dominar las

cosas, eso es lo que buscamos hoy una parte muy importante del mundo desarrollado –algunos locos buscan “cosas” más importantes–, y lo que envidia la totalidad del mundo en vías de desarrollo: las cosas.

En 2050 la Humanidad hará un descubrimiento para el que hoy aún no estamos preparados: descubriremos entonces que somos la misma cosa. Hoy no sabemos cómo digerir esa realidad en ciernes. Con el entendimiento que el ser humano ha logrado consolidar a lo más que llegamos con soltura es al quién, pero no a la cosa. De hecho, hay una corriente filosófica muy importante que en vez de hacerse la pregunta clásica de la existencia: ¿qué soy?, prefieren hacer esta otra: ¿quién soy? Dan por hecho estos aprendices de filósofos que somos un quién y no un qué. Para ellos, ser cosa les sabe a poco, en cambio ser un quién llena sus expectativas. Obviamente –quizás no sea tan obvio para ellos– están en un error y aciertan totalmente. ¿Cómo puede ser?

El error de estos filósofos está en que consideran a las cosas por encima de los quiénes, y no es así, primero están las cosas y en segundo lugar las personas (por mucho que le duela al quién reconocer que no es nadie). Su problema –y el nuestro– es que no son capaces de entender una realidad tan poderosa como ésta: ser sólo, una simple cosa. Su cerebro aún no tiene recursos neuronales suficientes para “digerir” tamaña certeza. Pero precisamente en su error está su acierto: la pregunta: ¿qué soy?, tiene una pre-respuesta falsa sin la cual es casi imposible hallar la respuesta correcta, esa respuesta errónea es: “soy un quién”.

Ocurre aquí algo muy parecido a lo que ocurrió con Jesucristo, que su mayor acierto fue precisamente su gran error: para hacernos ver que éramos individuos nos indujo a creer que éramos hijos de Dios.

Pues bien, gracias al descubrimiento de que somos una única nación (digo descubrimiento y no conquista porque aún faltan unos pocos años para que se consolide definitivamente una “Unión Europea” a escala planetaria) estamos en condiciones de que nuestro cerebro pueda descubrir (mejor sería decir inventar, pero para eso aún es pronto) otras realidades. Para mucha gente la idea de una Unión Planetaria es absoluta ficción, pero para muchos otros es absoluta realidad. Quienes no son capaces ni siquiera de admitir la posibilidad de que todos los seres humanos somos ciudadanos de la misma nación, es imposible que ni siquiera sueñen con lo que pasaría si algún día eso llegase a ocurrir. Pero aquellos otros que no sólo creen sino que saben que vivimos en un único país y que las fronteras, pasaportes, monedas y demás artilugios nacionalistas son cosas de juguete, para ellos, es más fácil imaginar lo que ya está pasando: que somos un único individuo.

El día que salgamos a la calle y en las escaleras del Metro al mirar a un inmigrante africano vendiendo ilegalmente “cedés” reconozcamos a nuestro hijo o a nuestro hermano, o mejor aún, nos reconozcamos a nosotros mismos con otras circunstancias. Ese día comenzaremos a darnos cuenta de que sin ser iguales, somos en verdad el mismo quién.

Naturalmente, a la mayor parte de los seres humanos actuales ni se les ocurre pensar que pueden ser el mismo quién que es todos los demás, pero no porque sus cerebros no estén preparados para recibir tal conocimiento de alta densidad y de extrema sutileza. Al contrario, las generaciones actuales tienen capacidades cerebrales sin parangón en la historia de la Humanidad, lo único que ocurre con ellas es que no se deciden a utilizar el potencial neuronal del que disponen.

Repasemos lo expuesto hasta ahora: primero descubrimos que éramos individuos, luego lo conquistamos y al mismo tiempo descubrimos que no estábamos solos, que éramos naciones. Finalmente nos hemos dado cuenta de que todas las naciones eran la misma, de que las diferencias que creían nuestros padres ser trascendentales son sólo cosméticas, que quizás hasta seamos intercambiables. Tremendo y terrible descubrimiento éste: somos intercambiables, lo que piensa el más sabio de los sabios lo puede llegar a pensar el más torpe de los torpes. Todos somos como si fuésemos

el mismo individuo, el mismo quién. O en otras palabras más fuertes aún: eso que llamamos *yo* que es lo que nos hace humanos, eso de lo que estamos ciertos que existe, eso, es sólo una simple cosa. Por que el asunto va más lejos aún, no sólo somos el mismo quién, somos además y antes de eso: la misma cosa.

Naturalmente, todo esto es una gran verdad, pero no estamos preparados para controlarla. Es un conocimiento demasiado sutil y poderoso para nuestras pobres neuronas. Sutil porque apenas si está nacido y para comprenderlo se necesita tensión, rigor y entrenamiento, no es algo que se venda gratis. Poderoso, porque lo queramos o no ese conocimiento superior transformará todo lo que somos para convertirnos en otra cosa. De modo que quizás propendamos a huir de esta realidad que nos cambiará la vida y prefiramos continuar en la ignorancia con el argumento de que, por lo menos, estamos vivos y aquí. Porque bien mirado; hace como quien dice dos días que descubrimos que éramos individuos, hoy por la mañana hemos oído un chiste que dice que las fronteras no existen, y esta misma tarde un loco viene y nos dice al oído que somos él. ¡Qué cosas dice la gente cuando está ociosa!

Pero lo descubierto ya es irreversible. Ha surgido en el cerebro de algunos visionarios porque en ellos estaba plantada la semilla de esta nueva realidad, y aunque todos ellos fuesen exterminados ya nada puede impedir que la idea del individuo universal vuelva a brotar en otros individuos cartesianos y termine por extenderse y arraigar.

Madrid (La Tierra), a 27 de septiembre de 2003.